

Así funcionan los microchips implantados para controlar a los trabajadores

Estos dispositivos son similares a los utilizados para identificar mascotas y rastrear animales que viven en libertad

DIEGO BERMEJO

09/03/2017

Un microprocesador del tamaño de un grano de arroz. Eso es lo que llevan implantado bajo la piel de sus manos ocho de los empleados de la compañía de márketing digital NewFusion. Tras varios años utilizando las clásicas tarjetas de identificación para fichar en la empresa, la firma belga ha decidido adelantarse al futuro con un movimiento que muchos ven como el advenimiento de la profecía de Gran Hermano de la novela *1984*, de Georges Orwell, en la que se vaticinaba un futuro marcado por el control absoluto de los individuos convertidos en masa.

El microchip lo llevan implantado entre los dedos pulgar e índice, a poca profundidad, y tiene como objetivo sustituir no sólo a las tradicionales tarjetas electrónicas, sino también a los identificadores digitales y oculares, considerados hasta ahora lo último en seguridad.

Un identificador personal e imperdible que, según los responsables de la idea, ofrece muchas más posibilidades que los vetustos identificadores plásticos, siendo el chip implantado mucho más preciso y seguro a la hora de proporcionar datos sobre su actividad, resultando, por tanto, beneficioso de igual manera para la empresa y sus portadores.

Según la institución belga, el chip "es sólo una manera más fácil de abrir las puertas o de acceder a los dispositivos personales de trabajo de los empleados", por lo que su implantación sólo puede tener consecuencias positivas. Algo que argumentan afirmando que estos identificadores sólo guardan en su interior un número de serie asociado al empleado que permite a estos acceder a circuitos cerrados, sin que exista posibilidad alguna de controlar sus movimientos físicos.

¿Podría tener consecuencias negativas?

Y es que esta tecnología de identificación por radiofrecuencia (RFID), en este caso acompañada de una unidad de memoria de 868 bytes, es la misma que se utiliza para identificar a mascotas y, a menudo, rastrear la posición de los animales que viven en libertad, lo que ha llevado a muchos a preguntarse cuáles serían las consecuencias de un hipotético abuso o mal uso de estos nanosensores por parte de alguno de los empresarios interesados en su instalación masiva.

Algo que, según los responsables de esta idea, no es posible, dado que el chip colocado en el cuerpo de estos trabajadores no incorpora "ningún GPS ni ningún otro sistema de geolocalización", si bien de la misma manera subrayan que "es ingenuo pensar que nuestra localización y privacidad son seguras", aludiendo al rastro que vamos dejando desde nuestros teléfonos móviles, tarjetas de crédito o de las publicaciones en la red, cuando no a través de nuestros movimientos registrados en las miles de cámaras de seguridad colocadas en las calles de las grandes ciudades.

100 euros por unidad

El chip, fabricado en Estados Unidos, tiene un coste de cien euros y llega completamente esterilizado y con un kit de activación. Para injertar el dispositivo en el organismo de los trabajadores han recurrido a un tatuador que, a través de una jeringuilla con una aguja del mismo grosor que las utilizadas para donar sangre, implanta este microchip subcutáneamente dejando una mínima cicatriz. En algunos casos, dada la colocación superficial del chip, el 'granito de arroz' es apreciable a simple vista.

No obstante, recuerdan, la idea surgió de la joven e innovadora plantilla de esta empresa después de que alguno de sus empleados olvidara en reiteradas ocasiones su tarjeta de acceso al trabajo. Dado que allí ya trabajaban desde hacía

tiempo con este tipo de tecnología insertada en distintos productos, no se tardó en plantear la posibilidad de hacer lo propio con los trabajadores que lo desearan de manera voluntaria.

Llama la atención también que hayan sido los trabajadores varones los que mejor han acogido esta controvertida propuesta de insertarse un microchip bajo la piel. Entre las féminas, mucho más reticentes a esta idea, la opción preferida ha sido la de incorporar el microprocesador en un anillo que, por otro lado, cumple exactamente con el mismo cometido que la cápsula implantada. Eso sí, acabada la jornada laboral, estas pueden dejarlo en la mesita de noche al llegar a casa y, llegado el momento, devolverlo sin necesidad de una pequeña intervención médica si deciden cambiar de empleo.

Múltiples usos

La idea de insertar un chip en sus trabajadores no es precisamente nueva. Hace más de una década la empresa de vigilancia estadounidense CityWatcher hacía lo propio con sus empleados implantando microcircuitos de identificación para controlar el acceso de sus empleados a las zonas de seguridad restringidas de la compañía. En aquella ocasión el identificador también les servía para acceder al historial médico de estos. En esta misma senda, el ejército de los Estados Unidos se planteaba la posibilidad de implantar nanosensores en sus soldados para geolocalizarlos y monitorear su salud en los campos de batalla con el pretexto de poder responder así más rápidamente a sus necesidades.

En 2004, más cerca, la discoteca catalana Baja Beach Club presentaba el Verichip, con la intención de facilitar el acceso y los pagos a sus clientes más VIP. Este, al igual que los utilizados en NewFusion y CityWatcher, se insertaba también bajo la piel de sus portadores. Los implantados, indicaban los ideólogos, "podrán olvidarse de llevar el monedero, ya que, con sólo pasar por nuestro lector, sabremos quién es y de qué saldo dispone". Bajo el pretexto de que ese era "el futuro", el modelo se exportaba a distintos proyectos en todo el mundo sin que la idea acabase de llegar a cuajar a gran escala.

La solución para controlar la diabetes

Sin embargo, más allá de las posibilidades más prosaicas, como la que ha llevado a un grupo de checos a insertarse un chip subcutáneo a modo de tarjeta de crédito para utilizar en determinados comercios, parece que la implantación de nanosensores puede acabar teniendo aplicaciones mucho más relevantes para la especie humana. Un ejemplo es el que ha llevado a una empresa británica a desarrollar microchips que tienen como objetivo permitir a los diabéticos no tener que utilizar insulina poniendo de manifiesto que las posibilidades de estos microdispositivos son casi infinitas.

Sea como fuere, como era de esperar, la posibilidad de que dentro de un tiempo todos los trabajadores acaben con un microchip implantado en sustitución de sus identificadores personales físicos ha generado mucha polémica. Muchos de los detractores de esta idea han planteado ya que con estos *controladores* se están infringiendo las libertades y derechos más básicos de los insertados, hablando abiertamente de "invasión total de la intimidad".

Los más agoreros lo tienen claro. A la larga, estas iniciativas van encaminadas a saber dónde vamos, con quién, a qué hora, qué comemos, dónde compramos... y todo con un fin: Si se puede controlar al máximo a los individuos, dicen, se acabará haciendo. Eso mismo vaticinó Orwell en 1947.